

ATENE O

ORGANO DEL ATENE O DE EL SALVADOR

—Ubi Scientia, Ibi Patria—

Directores: JUAN FELIPE TORUÑO — BR. JORGE LARDE Y LARIN

Redacta: JUAN FELIPE TORUÑO

Cuarta época —No. 184 · San Salvador, El Salvador, octubre, noviembre y diciembre de 1949 · Año XXXVI

EDITORIAL

Año 1949

Cerramos nuestras labores en este lapso de 1949.

No estamos satisfechos aunque hicimos lo que se pudo mediante los recursos que el ATENE O DE EL SALVADOR posee—muy pocos por cierto—para el desarrollo de sus actividades.

Las instituciones de cultura pasan por estrechos cauces en este ciclo de materialismo imperante. Pareciera que el utilitarismo se encargara de minar cimientos sobre que se afianzan esfuerzos de quién sabe cuántos años. La vida acosa y urge atenderla. Para ello, como la civilización aglomera nuevos sistemas, éstos se van haciendo imprescindibles en el hombre que lucha contra ellos pero que al fin es vencido, siendo esclavo de lo que se torna en necesidad para atender sus medios de vida. Y como estas aglomeraciones pesan demasiado, la voluntad, el entusiasmo, la alegría por las cosas que no sean músculo, comercio e industria, utilitarismo económico, decaen. El cercén cotidiano hace su obra. Y las fuentes del espíritu se agotan sin que puedan reforzarse con alientos eficaces y oportunos. Y he aquí que mediante esta presión, hasta aquellos que tenemos fe en los altos e imprescindibles valores de ese espíritu, ante el decaimiento de los otros, frente al pesimismo e inercia, sentimos demasiado el peso, y la carga terminará por aplastarnos si no vienen en cooperación firme quienes quieran ayudar.

El ATENE O DE EL SALVADOR reforzó sus filas en 1949. Los nuevos elementos han llegado a aumentar el número de los Miembros Activos. Se espera de ellos que también se sumen en los trabajos que la institución tiene que realizar para bien de la cultura nacional.

Si hacemos énfasis sobre el demasiado peso de la carga y responsabilidad, no es porque tratemos de esquivarlos. Es que el mundo y la vida—sobre todo en estos últimos años—se ha complicado tanto, que es imprescindible la armonía colectiva para la realización de las grandes tareas, sobre todo las que se concretan al manejo de instituciones y al reajuste del pensamiento en servicio general.

En nuestro editorial anterior expusimos puntos de vista actuales acerca de lo que tienen que ser los centros de cultura: activos, dinámicos, atentos al desenvolvimiento de la civilización en sus variados y difíciles aspectos, tomando muy en cuenta lo humano, despojándonos de las contemplaciones, que son muy de lo individual, para barrenar superficies y llegar al fondo de lo imprescindible, en vez de girar en derredor de asuntos que no conducen al provecho que se requiere para la vida y la cultura actuales.

En este año de 1949 lanzamos la iniciativa para que se editaran libros de aquellos escritores del siglo pasado; libros que se agotaron ya y por lo que—de no ser reeditados—las generaciones venideras desconocerían las raíces del pensamiento salvadoreño: el arranque de la propiedad mental—espíritu y barro cuzcatleco—herencia de los antepasados.

Se ofreció de parte del Ministerio del Interior la cooperación. Igualmente la del Ministerio de Cultura. Listos los originales de las primeras obras a editarse, el ATENEO se encargó de revisarlos por medio de una comisión editorial, esperándose que de parte del Ministerio de Cultura se cumpliera la oferta a fin de llevar adelante lo que debe ser una realidad para bien de las letras salvadoreñas y centroamericanas en primer término y latinoamericanas en segundo.¹

Al cerrar este año 1949, como quedó expuesto, hicimos lo que estuvo a nuestro alcance. Tenemos fe en que para 1950 se ensancharán las actividades y se realizarán propósitos que animan a quienes firmemente laboramos y queremos a nuestra decana institución.

Pedro Pablo Castillo, en el Pórtico del Recuerdo Heroico

Por Jorge Lardé y Larín.

Dedico este modesto trabajo a quien, en México, pone en alto el prestigio intelectual de El Salvador: el licenciado José Salvador Guandique, caro amigo e inolvidable compañero.

Pedro Pablo Castillo es uno de los grandes próceres de la Independencia de Centro América y sin embargo ha sido colocado, por el casi total desconocimiento de sus hechos inmortales, en los dilatados dominios del olvido nacional.

Apenas si se le señala —no en los textos de Historia Patria sino en una breve biografía que rescató su esclarecido nombre de la punible indiferencia— como a uno de los adalides de la causa justa y santa de la libertad y de la emancipación política.

Mas su gallarda figura, que con el tiempo recobra épicos contornamientos, no ha calado hondo todavía en la conciencia cívica de este pueblo, que ya es tiempo que lo glorifique y lo sitúe a la par de los otros beneméritos patricios que nos dieron Libertad y Patria, porque, aunque aunque olvidado y desconocido, Pe-

dro Pablo Castillo es heraldo de sus nacionales glorias y es testimonio de sus pretéritas grandezas.

Dotado de un carácter inquebrantable y de una inteligencia nada común, el humilde cobetero del barrio de La Merced llegó a ser en las luchas por la independencia, como su émulo Juan Manuel Rodríguez, indiscutible líder de la clase proletaria de San Salvador.

Tal era su popularidad, su arrastre político y su prestigio como hombre de bien, que en las reñidas elecciones celebradas en enero de 1814 fué honrado con el cargo de Alcalde 2º Constitucional.

En estas elecciones, memorables por todos conceptos, participaron dos partidos claramente definidos: el de los monarquistas y el de los independentistas. Aquéllos contaban para el éxito de su causa con la maqui-

naria de imposición del Corregidor Intendente don José María Peinado y con las bayonetas del Comandante de Armas don José Rossi; éstos, con un arma más formidable aún: el sufragio popular.

Republicano y demócrata de corazón y de principios, era la aspiración suprema del prócer Castillo que el antiguo Reino de Guatemala sacudiera cuanto antes el ignominioso yugo del coloniaje.

En el mes de enero de aquel mismo año, alentados y dirigidos por los próceres Nicolás, Vicente y Manuel Aguilar —«hermanos por la sangre y el patriotismo», y gloriosas figuras republicanas de San Salvador—, los ediles constitucionales acordaron desconocer la autoridad real y proclamar la independencia, adoptando las siguientes bases fundamentales: PRIMERO, que la soberanía residiera en una junta de patriotas electa por el pueblo; y SEGUNDO, que tres individuos de ella, con el título de cónsules, ejercieran el poder supremo, siendo General en Jefe el primero, Ministro del Gobierno el segundo e Intendente el tercero.

Como paso preliminar, y con el objeto de llevar a feliz término esta generosa y patriótica empresa, los municipales pidieron al jefe español Peinado que pusiera a las órdenes del Cabildo los fusiles almacenados en la Sala de Armas y los que se encontraban en poder del impopular cuerpo de voluntarios y de los milicianos del Rey, so pretexto de que era la única forma factible de cimien-

tar la paz y la tranquilidad en la ciudad y en la provincia que, el 5 de noviembre de 1811, había dado el primer Grito de Independencia de Centro América.

Semejante solicitud alarmó con justicia al señor Intendente, quien, en lo sucesivo, no omitió diligencia alguna encaminada a conjurar cualquier conato de insurrección.

Todas sus providencias, empero, resultaron estériles. San Salvador ardía en ansias de libertad, porque como decía el Capitán General don José de Bustamante y Guerra, «los que en un principio manifestaron opiniones peligrosas, persisten tenazmente en ellas; los que encendieron el fuego (de la revolución) en su origen, han continuado soplando después».

Así, la tarde del 24 de enero de 1814 la capital de la provincia se estremecía bajo los efectos de graves síntomas de descontento popular. El virus revolucionario —hábilmente introducido en el Reino por el patriarca de las libertades centroamericanas, presbítero y doctor José Matías Delgado— minaba en toda su intensidad la estructura secular del vasallaje.

Jefes de aquella épica conmoción, de aquel segundo ensayo de autonomía, de aquel heroico aletear de la nacionalidad, eran los alcaldes constitucionales de la ciudad rebelde, los próceres Juan Manuel Rodríguez y Pedro Pablo Castillo.

En la referida tarde, los jefes insurgentes giraron instrucciones

terminantes para que se colocaran retenes en los caminos y boca-calles, se amontonaran piedras en lugares estratégicos para el ataque a los cuarteles leales a Fernando VII, se citaron a los correligionarios de los pueblos circunvecinos y se desconocieron, en lo absoluto, las órdenes que dictara el Corregidor Intendente don José María Peinado.

«Los mismos alcaldes constitucionales don Juan Manuel Rodríguez y (Pedro) Pablo Castillo —dice en su informe a la corte el Capitán General de Bustamante y Guerra—, que debían ser auxiliares del jefe de la provincia, fueron los que reunidos con otros en la sacristía de la Iglesia parroquial, mandaron tocar las campanas para poner en movimiento al pueblo, preparado ya por su maligno influjo y el de los padres Aguilares; los que libraron órdenes a los pueblos inmediatos para que no fuesen obedecidas las del jefe político; los que despacharon emisarios para revolucionar; los que unidos con otros, tan malos como ellos, maquinaron e intentaron ejecutar el plan de conmoción».

A las doce de la noche del aludido día, el prócer Castillo ordenó que se tocaran arrebatando las campanas de la Iglesia Parroquial (hoy del Rosario) y se iniciara el ataque contra los realistas.

La acción se entabló en varios puntos de la ciudad, pero sin éxito lisonjero para los gloriosos insurgentes, a quienes el amanecer del día 25 los encontró desalentados ante la imposibilidad de doblegar la férrea re-

sistencia del culto jefe español, respetuoso vasallo de su Rey y celoso guardián de sus blasones.

Considerándose perdidos, los próceres inmortales abandonaron la temeraria empresa y se resignaron a soportar las consecuencias de su infidelidad a la real corona.

Apaciguada la ciudad, de orden de Peinado fueron capturados los cabecillas y principales cómplices del segundo movimiento autonomista de San Salvador, y luego fueron sometidos a largos procesos que instruyó el Juez de Infidencia licenciado don Juan Miguel de Bustamante.

Sólo Pedro Pablo Castillo, considerado por la autoridad colonial como «el principal fautor de la infame insurrección completada la noche del 24 de enero con toque y correspondencia de campana», logró escapar de los rigores de la prisión, del proceso y de la condena.

El gran héroe de aquella gloriosa jornada, vistiendo los impolutos hábitos del presbítero don Vicente Aguilar y montado en la cabalgadura de este virtuoso y sabio sacerdote, se trasladó sin dejar la menor huella al pueblo de Huizúcar (hoy del departamento de La Libertad), en donde poseía una pequeña heredad.

Constan estos datos en la confesión que, con fecha 2 de mayo de 1816, rindió en el pueblo de Santa Catarina Apopa el mencionado presbítero Aguilar:

«Preg(unta)do. —dice el texto de esa confesión— si dispensó todo

su favor y ayuda a Castillo otro de los pr(incip)ales. y mas formidable corifeo, frasada y (su)ministrandole al efecto abitos clericales, el caballo de confesante con sus sillas y aperos tambien clericales pa(ra). que los q(ue). le viesen salir en ese traje, no se persuadiesen que era el sino el mismo confes(an)te. q(u)e. iba a cumplir con su ministerio: respondió que la sotana, sombrero y caballo es cierto haberselo suministrado el confes(an)te., pero que la silla no.—Preg(unta)do. sino sabia que con prestar estos auxilios cometia delito: respondió que no, por ser una obra de caridad.—Preg(unta)do. si quando salio luego del modo q(u)e. ha indicado supo para donde se fué o si posteriorm(en)te. ha tenido noticia de él: respondió que quando salio se fué pa(ra). un sitio que tenia en tierras del pueblo de Guizucar y que despues no ha sabido q(u)e. camino haya tomado».

En Huizúcar supo Castillo que el Intendente había puesto precio a su cabeza, por cuyo motivo, caminando en horas de la noche por extra- viadas veredas, logró ganar las costas del Mar Caribe.

De allí se embarcó rumbo a Belice y luego, amargado por el peso de la derrota, pero con el recuerdo puesto en su ciudad natal y en los tiempos hijos que dejaba desamparados, se trasladó a la isla británica de Jamaica, en donde murió poco tiempo después víctima de la fiebre de independencia que conmovía a su provincia.

Pedro Pablo Castillo, un auténtico soldado de la libertad y un auténtico héroe y mártir de la Patria Centroamericana, no merece el olvido ni la punible indiferencia de su pueblo. El, como augusto prócer de América, debe vivir siempre iluminando el porvenir desde el maravilloso pórtico del recuerdo heroico...

Conferencia de Incorporación al Ateneo de El Salvador

Por el Teniente Coronel José María Lemus
el 14 de septiembre, año en curso

La Patria

«La Patria es la madre común, la unidad en que se penetran y se confunden los individuos; es el nombre sagrado que expresa la fusión voluntaria de todos los intereses en un sólo interés, de todas las vidas en una sola eternamente perdurable».

LAMENAS,



Tiempo, voluntad, salud, afec- ciones y hasta la misma vida, todo se sacrifica cuando la Patria lo reclama: arriba...! y se levanta; adelante...! y se marcha; aquí se debe morir...! y se obedece y... se muere...!

Pero esta muerte y este sacrificio deben ser conscientes, estando convencidos y orgullosos de que con ello se transmite a los que nos suceden, el honor del país, y no se nos vaya a acusar de egoísmo, cobardía o traición en el cumplimiento de los deberes que nos impone la defensa del honor patrio, nuestra independencia y nuestra libertad.

En estos momentos de angustia

universal cuando los irrespetuosos del Derecho, de la Justicia y de la Libertad pretenden apagar esa antorcha que alumbra el corazón de los hombres, que guardan en su interior todo lo noble, bueno, santo y elevado en aras de ese amor defensivo de la humanidad que está ante todo y sobre todo, debemos enaltecer ese fenómeno biológico de los pueblos de «sentimiento afectuoso a la savia tradicional de lo nuestro, de lo que nos pertenece por unción evangélica, de lo que defendieron con actos y hechos de abnegación, con sacrificios infinitos, con heroismos inenarrables y epopéyicos, con sangre inmortal...!

De ahí que haya obligaciones recíprocas que Dios y las leyes de la sociedad nos imponen » todos; adorando al primero, respetando a las segundas, y mirando el honor, las riquezas y las glorias nacionales como cosas propias, podremos alcanzar la honra de perpetuarnos dignamente en el cariño y el amor de la Patria.

La Patria genera ese despertar de conciencia nacional que orienta hacia el camino del deber en forma fija y definitiva para recibir la «semilla que se siembra rica de pasado y pletórica de porvenir» en un esfuerzo paciente y de esperanza en la significación amplia de la libertad, como norma magnífica del derecho, como «posibilidad constructiva del pensamiento en las grandes tradiciones de la familia, del hogar, de la escuela y de la Nación.

«El amor a la Patria se traduce en la fe de sus destinos, en el anhelo de servirla, de honrarla, de trabajar por su prosperidad, por su grandeza, por su gloria; que se manifiesta a la vez en la práctica de los deberes y las virtudes cívicas, en el sentimiento público, en el respeto por sus leyes, en la veneración de sus tradiciones y de sus próceres y en el culto de su libertad y de su honor».

«La unidad de la Patria es un deber en todas las generaciones, y todos los hombres deben revisar los conceptos y sentimientos que forman ese acervo común de valores espirituales. Muchos nos hablan de *patriotismo*, de *deberes patrióticos*, de

la *salud de la Patria*. Parece que en nuestro léxico público y privado no pudiéramos prescindir de aquellos términos. Hemos convertido en vocablo prosaico la palabra que debe merecernos la más respetuosa veneración. Con el nombre de la Patria se pretende justificar hasta la conducta negativa. Y en épocas de la pérdida de la fe, de pesimismo y desorientación, se habla de crisis de la Patria, contraponiéndola en un vago universalismo, que oficia como válvula de las decepciones y desencantos».

«La Patria es una realidad dinámica, que vamos creándola los hombres permanentemente. De ahí que no podamos concebirla como una categoría intemporal, con un contenido y un significado idéntico para todos los tiempos. Los hombres de todas las épocas no tenemos el mismo concepto y el mismo sentimiento sobre la Patria, porque nuestros ideales cambian en función de la época. Es indudable que la cultura y la historia, enriquecida por varios siglos de vicisitudes, crean en el sér humano un sentimiento y una conciencia más fuerte sobre la personalidad de la Patria».

José Ingenieros, que supo dignificar su existencia al servicio de América, nos ha legado estas significativas palabras: «Sólo es patriota el que ama a sus conciudadanos, los educa, los alienta, los dignifica, los honra; el que lucha por el bienestar de su pueblo sacrificándose por emanciparlo de todos los yugos; el que cree que la Patria no es la celda del esclavo, sino el solar del hombre

libre. Nadie tiene derecho a invocar la Patria mientras no pruebe que ha contribuido con obras a honrarla y engrandecerla. Convertirla en instrumento de facción, de clase o de partido, es empequeñecerla. No es patriotismo el que de tiempo en tiempo chisporrotea en objetivos, sino el que trabaja de manera cons-

tante para la dicha o la gloria común».

No olvidemos estas palabras y tratemos de mantener viva esta sagrada llama, basada en el concepto de una Patria tal como la quisiera un hombre bueno, cuyo corazón no hubiese sido manchado jamás por ninguna injusticia.

La Bandera

*La bandera es Evangelio por la raza consagrado,
en el lienzo de sus glorias en el viento desplegado,
el relato de sus triunfos, su grandioso porvenir;
la bandera es nuestra vida, nuestra raza prodigiosa,
nuestro amigo, nuestro hermano, nuestra madre, nuestra esposa.
y el sudario donde envueltos hemos siempre de morir.*

* * *

*La bandera es nuestra frente, nuestro pecho, nuestra mano;
todo sabio, todo artista, todo niño, todo anciano;
a dos Madres bendecimos, y ella ondula entre las dos;
quien la ultraja, a sí se ultraja; quien la eleva, a sí se eleva;
quien la mancha, a sí se mancha; ¡quien la besa, besa a Dios!*

SALVADOR RUEDA,
ESPAÑOL

¿Juráis a la Patria seguir constantemente su Bandera y defenderla hasta perder la vida?... ¡Sí, juro!

Dos palabras, pero... qué significado tan hondo en ellas! Este es el juramento sagrado que hace latir aceleradamente el corazón y hace brotar de los ojos, lágrimas purísimas que lentamente surcan las mejillas y humedecen los labios resecaos por la emoción que produce el silencio religioso del momento, interrumpido solamente por el flamear de los simbólicos colores celestiales. Tal el juramento para armarse caballero de

la Patria!

La Bandera, con ese blanco immaculado y ese azul de cielo, luciendo orgullosa sus colores, fué necesario teñirla de rojo con la sangre generosa que manó de los pechos de aquellos que nos dieron la Patria por legado....

Esta bandera es nuestra, amémosla como si en ella viéramos una madre; ella nos ampara bajo su augusta sombra y nos acaricia con sus delicados pliegues; debemos cuidarla, pues para «hacerla noble muchas manos se han encallecido en el tra-

bajo, muchos ojos se han gastado en el estudio, muchas frentes se han perlado en el rocío...; debemos honrarla como otros ya lo han hecho con su pluma, con su espada, con sus manos, con su ciencia... Esta Bandera es nuestra, besémosla, y si al hacerlo con verdadera unción patriótica, no sentimos que el corazón estalla dentro del pecho y enmudecen los labios de emoción, entonces ya *no es nuestra*".

La Bandera es la enseña genuina de la Patria, por eso su fuerza y su poder son prodigiosos en el estrecho pero honroso camino del deber. La historia antigua, media y contemporánea nos dice de hechos magníficos y sublimes de heroísmo, de sacrificio y de martirio que han venido a significar verdaderas lecciones de patriotismo en la adoración de la Bandera, ya que es el estandarte de la virtud y el símbolo máspreciado de la dignidad nacional. El juramento de los atenienses consistía en no deshonrar jamás a su Bandera; los espartanos han sido considerados por este amor a ese algo intangible que está tan vinculado en la esencia misma del pueblo, como los maestros del patriotismo; los romanos, bastaba que colocaran delante de sí la Bandera, para que se calmaran los actos de sublevación; Prat, al hundirse su barco murió abrazado a su Bandera; Ricaurte murió envuelto en su Bandera al explotar el polvorín de San Mateo; Napoleón con ella en la mano atravesó el puente de Arcolea y triunfó. Y así mil grandes acciones han hecho los hombres arrastrados por el amor y el respeto a la Bandera, elementos que le dan

una fuerza prodigiosa.

«Cuando nuestra noble insignia nacional flamea orgullosa, como si quisiera desafiar al infinito mostrando el azul intenso arrancado al fondo del océano y su blanco purísimo arrebatado a los blancos penachos de las olas, un delirante entusiasmo se apodera de nuestros corazones. Es justo! Esta Bandera que lleva en sus pliegues el recuerdo de hechos memorables, ostenta en sus colores las virtudes acumuladas sobre la frente de El Salvador, a costa de tantos sacrificios que glorifican su epopeya y que ocupan su merecido sitio en las paginas de la historia patria. Es el Pabellón decretado por la Constituyente de 1823 para Centro América, símbolo augusto de la fraternidad de cinco parcelas que, a pesar de sus divisiones fronterizas, siguen siendo una sola y misma entidad; y hoy, al ondear suelta al viento, trae a nuestros ojos la imagen gloriosa del pasado; se oye a lo lejos, el retumbar de los cañones que varias veces la defendieron; la vemos rodeada por la gesta de hierro de aquellos héroes, que en honor suyo, ofrendaron la vida. El General Francisco Morazán, parece aprestarse nuevamente en su auxilio la bronceada figura del General Barrios—máximo héroe nacional—vuelve a sentirse a la cabeza de los calvareños; aún humea la sangre de los descendientes de Atlacatl; el más grande de los Centroamericanos, el General Manuel José Arce, deja su lecho y la saluda reverente, mientras un pueblo que descende de tan ilustres antepasados, cuya vida está en la memoria de los vivos, una generación viril y llena de esperanzas,

le ofrece levantar un trono de grandeza sobre su pedestal de gloria».

«Nosotros sabemos que su Bandera, nuestra Bandera, se abrirá siempre victoriosamente. Pero sa-

bemos que si, más fuertes que nosotros, manos hostiles quisieran arriarla:

nuestros muertos, alzando los brazos la sabrán defender todavía!»

El Escudo

Blasón de Héroe y Mártires

«Lo mismo que nuestra Bandera, el Escudo es un símbolo y representa el carácter y orgullo nacionales. Nos enseña el deber de vencer o morir en defensa de nuestra amada Patria.

Los antiguos acostumbraban, cuando iban a librar batallas, usar escudos como medio de defensa para sus cuerpos y consideraban deshonroso volver sin ellos de los combates. La consigna de ellos, era *con el escudo o sobre el escudo*.

Así lo queremos, así lo haremos siempre, y como una confirmación de nuestros propósitos, «el árbol del futuro no desmentirá las raíces del pretérito».

Por eso nuestro Escudo «termina con una lanza, para recordar a nuestro pueblo, que debe ser un sólo corazón y un sólo pecho, en defensa de la integridad de la Patria.

Nuestro Escudo Nacional ostenta los blasones de nuestra nacionalidad. Cinco volcanes proclaman

la naturaleza de nuestro suelo, pero todos unidos por su base, como indicando la comunidad de nuestros intereses y la solidaridad de nuestro porvenir. Dos mares bañan las costas centroamericanas, y sobre los cinco volcanes, el gorro frigio, rodeado de rayos entraña nuestros ideales de progreso sintetizados en los principios de la revolución francesa de Libertad, Igualdad y Fraternidad, que encarnan nuestra aspiración republicana; los rayos de luz han disipado la vida tempestuosa de las hermanas repúblicas de Centro América, e iluminan la magna fecha de nuestra independencia. El arco iris de paz luce sus colores en un cielo espléndido, bello como muy pocos cielos de la tierra, y todo esto encerrado en un triángulo equilátero, que tiene por marco cinco banderas, símbolo de la igualdad, de raza, de religión, de origen, de costumbres y de ideales de la Patria Morazánica; los ramos de laurel simbolizan la Gloria y el Triunfo en que debemos esforzarnos todos los salvadoreños para honrar a la Patria; los catorce gajos de sus dos ramos representan los catorce Departamentos

de la República; y por base la leyenda de Dios, Unión, Libertad, que simboliza la profesión de fe de nuestro pueblo por medio de la cual reconoce la existencia de Dios Todo-

poteroso; proclama la Unión y armonía que debe existir en todos los sectores sociales y la libertad que lo es en la acción, en el pensamiento y en la palabra».

Himno Nacional

«El Himno Nacional es un canto de exaltación del patriotismo y al mismo tiempo de evocación a las glorias nacionales. Es la Oración de la Patria; un rezo que hacemos, cantando por su gloria». El nos recuerda toda la epopeya de los hombres inmortales «que en los instantes divisorios de las pugnas humanas, han puesto su talento al servicio de la justicia y de la libertad».

El representa el sacrificio absoluto, el fanatismo del honor, la religión del deber, y es el sendero por el cual se ha podido llegar a las grandes hazañas, algunas de ellas, milagrosas al parecer, pero más que todo inspiradas en ese espíritu de la estrofa que nos dice:

*Todos son abnegados y fieles
Al prestigio del bélico ardor,
Con que siempre segaron laureles
de la Patria salvando el honor.*

«Nuestro Himno revela el alto sentimiento de amor, veneración y entusiasmo por la Patria: sus notas, como un fiel trasunto del verso, expresan todos los arranques del patriotismo: es la Marsellesa salvadoreña con la majestad solemne del canto a la Patria. Es heroico y vi-

brante y al escucharle con reverente respeto, el espíritu se eleva en la exaltación de la gloriosa época de nuestros libertadores, en un sentimiento unánime de la soberanía; por eso su canto dulce y armonioso que contiene la más bella lección de patriotismo y entusiasmo, parece, al ejecutarse, que del fondo de todas las almas estallara un grito general de alegría y agitada emoción que se comunica a todos los corazones que palpitan unánimes con las notas vibrantes, como si fuera la voz misma de la Patria» cuando dice:

*Dolorosa y sangrienta es su historia,
Pero excelsa y brillante a la vez,
Manantial de legítima gloria,
Gran lección de espartana altivez.*

*No desmaya su innata bravura;
En cada hombre hay un héroe inmortal
Que sabrá mantenerse a la altura
De su antiguo valor proverbial.*

En el Himno Nacional está condensado el principio dentro del cual todos somos hijos de una misma madre: la Patria, a la que amamos con amor entrañable «porque en ella hallamos la satisfacción de las necesidades más prepotentes del espíritu y del cuerpo; nosotros la defende-

mos con la vida, la hacemos ilustre con nuestras obras porque es cosa nuestra, lo mismo que un brazo, lo mismo que el corazón son partes de nuestro ser y así sentimos todos en ella y por ella, porque todos vivimos en una vida común».

Cuando escuchamos el Himno Nacional, vienen a nuestra mente los deberes que tenemos para con la Patria y llegamos al convencimiento que los derechos de que gozamos como ciudadanos, no son distintos de los deberes y derechos que como hombres tenemos todos para con la familia y que han sido grabados en nuestro corazón por el Gran Arquitecto del Universo con esta sentencia: «Tú amarás a tus hermanos; gozarás de sus alegrías y ellos sufrirán por tus dolores».

Cuando rompen al viento las sagradas notas de nuestro Himno, es la voz de la Patria que nos llama al cumplimiento del deber y al sacrificio; es nuestra misma voz que nos llama a la defensa de nuestro derecho; es la

*férrea barrera
Contra el choque de ruín deslealtad,
Desde el día en que su alta Bandera
Con su sangre escribió: ¡Libertad!*

Sí, recordemos en este momento histórico de las grandes decisiones en que los pueblos deben alejarse de tanta política mediocre y cancherosa, que «la Libertad se conquista con sangre, pero crece próspera en la calma de la paz y se la robuste

cece con la virtud y la prudencia de los ciudadanos. El tumulto de las pasiones y el ruido de las discordias la desecan y apagan, y la Libertad muerta difícilmente sirve. Es, pues, más difícil conservarla que conquistarla, y muchos pueblos después de haberla conseguido a fuerza de inmensos y largos sacrificios, la perdieron en un día, porque la arrastraron por las plazas ante el griterío de la confusión, entre las luchas crueles de la guerra civil y la preciosa planta vió desecarse las raíces y no dejó entre las manos de los imprudentes sino un puñado de cenizas».

Que la mejor glorificación que podemos hacer en este CXXVIII aniversario de nuestra Independencia Patria a la memoria de los próceres inmortales que nos dieron Libertad, sea la de que todo salvadoreño amante de su suelo y de sus conquistas democráticas hacia una vida mejor, se haga el voto constante de «que la dolorosa experiencia de los otros nos ilumine a todos; que cada uno cuide de guardar intacto en su corazón, o mejor de acrecentar para su hijo este tesoro infinito» de la Libertad, y con ello,

*Saludemos la Patria orgullosos
de hijos suyos podernos llamar;
Y juremos la vida animosos,
sin descanso a su bien consagrar.*

José María Lemus,
Teniente-Coronel

San Salvador,
15 de septiembre de 1949.

DISCURSO DE CONTESTACION

Por el Vicepresidente del Ateneo, Coronel e Ing. don Simeón Angel Alfaro

Honorable Junta Directiva,
Señoras,
Señoritas,
Señores:

Un día clásico para la Patria y un motivo caro para el corazón de los salvadoreños, ha sido el escogido por nuestro amigo y compañero Sr. Tte. Cnl. Dn. José M^a Lemus, para traspasar el umbral de este templo de cultura, en el acto solemne de su ingreso como Miembro Activo del Ateneo de El Salvador, en cuyo seno esperamos que encuentre un campo propicio para desenvolver más ampliamente sus nobles aspiraciones intelectuales. Su trayectoria ascendente de reconocido escritor militar es apreciada en su justo valer, así como también sus cualidades de ciudadano amante de la cultura y de las ideas nobles en bien de la Patria.

Es un privilegio para mí el haber sido designado por la Honorable Junta Directiva, para corresponder al discurso de ingreso del Sr. T. Cnl. Lemus, por el hecho de que, como compañero en la noble profesión militar, lo hago con especial estima, y porque es grande el regocijo

que experimento al ver que el Ejército nos envía uno más de sus miembros distinguidos, que viene a asociarse con los idealistas del pensamiento en sus más elevadas concepciones, en este campo amigo en el que su energía, su decisión y buena voluntad serán bien recibidas como apreciadas.

La PLATICA CIVICA con que nuestro nuevo colega nos acaba de obsequiar, constituye una selección espiritual tan inteligentemente escogida como apropiada en las vísperas del magno 128° aniversario de nuestra Independencia Patria, día en que hay alborozo en los corazones de todos los salvadoreños, fecha en que la niñez escolar, representativa de las generaciones que se levantan, rinde culto a la Patria, venerándola en ese Tríptico simbólico: la Bandera, el Escudo y el Himno nacionales.

LA PATRIA.

Hacer Patria, amplísimo el concepto. Hacer Patria es profesar, es practicar ese noble sentimiento de lucha y acción que nació con nuestros antepasados, vive en nosotros y lo legamos a nuestros descendientes

para que se le guarde de manera imperecedera a través de los siglos.

En cada nación, en cualquier latitud en que está situada, cualquiera que sea su lengua, es evidente que la personificación moral de la Patria influencia y liga tan estrechamente al suelo natal, como una justificación de que la providencia, hace emanar ese amor patrio sólo comparable con el amor paternal.

Si esa ley inmanente no ejerciera ese influjo invencible, sería frecuente el fenómeno de que los habitantes de climas extremos o de regiones poco hospitalarias, se precipitarían a zonas más confortables desde el punto de vista climatérico, desde el punto de vista de riquezas y de otros variados como atractivos aspectos. Pero no. No sucede así. Al contrario, el hombre fija sus pies en el sitio que le vió nacer, se apega a esa tierra, a su hogar, a su familia y a la naturaleza misma de sus contornos, por motivos infinitos de inefable sublimidad.

¿Qué sería de la humanidad acumulada en ciertas zonas, cual paraíso de la tierra? Fácil es comprender lo inadaptable de esas aglomeraciones con el fin de inconvenientes y calamidades que ello traería a la Especie Humana. He ahí, justificado, el amor a la tierra que nos vió nacer, he ahí el motivo de defender el sagrado derecho de nuestro territorio, llegando en casos extremos hasta el sacrificio de la vida misma.

Nada más patético de ese noble sentimiento, es el hecho de que

cuando nos encontramos lejos de la Patria, el poder del instinto nos atrae hacia nuestra tierra natal. Nuestro pensamiento vuela y nos presenta las imágenes de todo lo querido, de todo lo que nos produce recuerdo cariñoso o una emoción profunda. Al momento la mente establece semejanza de lo que contemplamos en países extraños, con lo nuestro, ya en lo físico como en lo moral y material.

Ese sentimiento, que llega hasta la nostalgia, a veces, se aumenta a lo increíble, cuando nos toca en suerte contemplar a nuestra Bandera Nacional flotando airosa; cuando oímos los marciales acordes de nuestro Himno Nacional, y el sublime canto de sus estrofas heróicas.

Ese hermoso cúmulo de sentimientos, que la palabra no alcanza a expresar con la pureza debida, es la Patria con su Historia, Héros y Mártires; con sus virtudes y sus anhelos que marcan la senda florida hacia la libertad y la justicia.

La Patria, en fin, es la imagen imperecedera por quien trabajan los hombres, los gobiernos y las naciones, porque ella es superior a todo lo existente en el marco en que se confortan los corazones, se hermanan los ideales y se combinan todas las capacidades, en ese noble afán de elevarla hasta lo imponderable. Hablar de ella en el aula, en el hogar, es perpetuar la memoria de los Héros que le dieron vida y que velan por ella desde la inmortalidad.

TRIPTICO.

La gallarda concepción del Tríptico compuesto por las sagradas insignias nacionales: la Bandera, el Escudo y el Himno Nacionales, no puede ser más oportuno como adecuado para estimular nuestros aletargados sentimientos patrióticos, en la conmemoración de un aniversario más de vida soberana e independiente; augusta efemérides de recogimiento espiritual en que debemos rendir homenaje a los precursores de nuestra Patria, y aún de la soñada patria grande, pues, como es sabido, fueron hijos de El Salvador quienes hace más de un siglo despertaron las almas centroamericanas para señalarles el rumbo de sus destinos.

BANDERA NACIONAL

Nuestra Bandera Nacional, esa enseña que representa a nuestra República en el consorcio internacional; que saludamos y reverenciamos en los actos cívicos en la paz; que se le honra y venera en los campos de batalla; ha sido gallardamente reverenciada en el Tríptico analizado por nuestro colega Crnl. Lemus, en este acto de cumplir con el mandato de ingreso de los Estatutos del Ateneo.

Entre los variados aspectos considerados acerca de la Bandera, quiero referirme de manera especial al acto previo de jura de esa insignia para ser armado «caballero de la patria», como justamente lo califica nuestro disertante, ya que todo salvadoreño conoce de esas singulares emociones; que encierran una so-

lemnidad profunda en ese momento de prestar juramento, en el cual se rubrica un compromiso de honor de ilimitados alcances, ya que en el amplio concepto, no sólo incluye el deber de ofrendarse en aras de la patria. Hoy, más que nunca, defender la Bandera es hacer Patria. Cada quien en su puesto: La pluma, haciendo conciencia y orientando al pueblo de manera honrada; la ciencia, investigando y verificando obra para alcanzar el máximo progreso y bienestar del país; el músculo, en su respectivo campo de trabajo procurando las más óptimas cosechas; y la espada garantizando la paz y confianza requeridas, para el mejor éxito de las actividades nacionales en general. Esa es la enorme responsabilidad que adquiere el escolar, el ciudadano, el soldado, al prestar ese solemne juramento.

ESCUDO NACIONAL

La hermosa semblanza que habéis oído acerca de nuestro Escudo Nacional, con acopio de patrióticos ejemplos y de los diferentes usos de carácter heroico que se le ha dado desde la antigüedad, ha dejado a nuestros corazones henchidos de entusiasmo, a nuestras mentes colmadas de imaginaciones visionarias que atisban hacia nuestro porvenir, en un afán sublime de alcanzar los más altos ideales y realizaciones que la Patria espera de sus hijos, para alcanzar el grado de civilización que exige la época en que vivimos.

Es en derredor de esta insignia garante de lo que significa autoridad militar, soberanía nacional e inde-

pendencia patria, que el ciudadano y el soldado, en comunión de ideales, tienen que hacerse cargo de sus actos y del cumplimiento estricto de sus deberes cívico militares.

Nuestro Escudo admirado en sus detalles, es una combinación artísticamente hecha con los blasones nacionales, que en su armonioso conjunto nos expresa cómo nació la Patria, lo que es la Patria y lo que aspira ser la Patria.

En su caracterización práctica, dado el valor oficial que representa y el simbolismo nacional que involucra, su uso es limitado como blason en nuestra Bandera de Guerra, en ciertas dependencias oficiales, en tamaños requeridos; pero de manera especial ha sido designado como emblema del uniforme militar, como un distintivo inconfundible del soldado u oficial al servicio del Ejército Salvadoreño.

Enmarcado en el azul y blanco de nuestra Bandera, produce efectos intensos de respeto y veneración en las fuerzas armadas, encargadas de su culto y de su custodia. Complementada así, nuestra Bandera Nacional se convierte en el Estandarte Militar del Ejército.

HIMNO NACIONAL

Nuestro Himno Nacional, que es reconocido como uno de los más hermosos por su versificación heroica y por su música pletórica de notas vibrantes y marciales, y sobre todo, por patriótico, data, como sabéis,

desde el año de 1879, escrito por el poeta don Juan J. Cañas, y su música compuesta por el artista napolitano don Juan Aberle, ambos en sus días de plena florecencia intelectual. Alguien, al referirse a nuestro Himno Cívico Patriótico, ha dicho: «es un llamamiento irresistible al cumplimiento del deber, es un canto con arpas divinas, en defensa de la libertad, una protesta de orgullo contra la injusticia, un grito de esperanza, un juramento solemne, un arrebatado de heroicidad, un TE AMO ardiente y abrazador».

Desde que la humanidad existe sobre la tierra, desde que la familia se subdividió en otras familias, en tribus, en caseríos, en estados, las rivalidades existieron, las hostilidades en ocasiones se rompieron, se acudió al derecho de la defensa; así nacieron las luchas internas y las guerras externas. En esas circunstancias los guerreros se aprestaban para marchar a los campos de batalla, exaltando el coraje y fervor en los corazones de sus soldados, con cantos heroicos, con fanfarrias y músicas marciales. La historia guarda en sus páginas una serie de justificaciones de estos hechos, desde las primitivas acciones de guerra, seguidas por las campañas de Federico el Grande, César, Alejandro, Napoleón y otros grandes Capitanes, hasta la época actual en que la guerra siempre es la guerra; pero sin divorciarse de lo épico, de lo marcial y sublime de la música, que enardece los corazones, temple el alma y eleva a los espíritus hacia las máximas acciones heroicas. Así han nacido los himnos: los hay hacia Dios, suprema esencia y divinidad

Diversidad de Elementos Laborantes en la Enseñanza Pública

Por José Lino Molina

De un estudio en que acoto «algunas observaciones de por qué los mejores propósitos fracasan en Instrucción Pública».

La Enseñanza Pública, constituye un mecanismo vasto y complicado y en su movimiento intervienen directa o indirectamente todos los funcionarios del Estado y sus moradores, ya en sentido individual, ya colectivo, o con los artefactos de diversas industrias.

Los candidatos a la Presidencia de la República en sus programas de gobierno dan lugar preferente al ca-

pítulo de la educación del pueblo y como de un asunto de vital importancia, al garantizar su puntual cumplimiento, esperan mucho prestigio para sus miras de ganar prosélitos y no pueden prescindir de ofrecer que velarán de preferencia por lo que atañe a este ramo, porque ello revelaría una falta de tacto político y desconocimiento de lo más trivial en cuestión de ofertas.

intangible; a la naturaleza, como sumum de lo creado; a la Patria, como lo más excelso.

Quién no ha recitado y cantado las bellas estrofas de nuestro Himno Nacional? Quién no ha sentido la sublime emoción que su música marcial, desbordante de épicas armonías, nos produce en lo íntimo de nuestro ser?

Y es que en esa fé y esa práctica hemos vivido y en esa fé y esa

práctica hemos de prolongarnos en nuestros hijos. Todo por la Patria.

Distinguida concurrencia: Sólo me resta expresar a nuestro colega Sr. Coronel Lemus, mis expresivas felicitaciones por su interesante como patriótica Plática Cívica y por su incorporación a nuestra Institución; y a vosotros agradeceros vuestra presencia y amable benevolencia con que me habéis escuchado.

He dicho.

El Congreso Nacional legisla y con ello orienta la educación.

Los pedagogos elaboran proyectos de planes y programas educativos; especulan y andan a caza de lo mejor y más avanzado en teorías y doctrinas.

El Ministro y Subsecretario de Instrucción Pública, como jefes supremos y directores del ramo, llevan sobre sí el peso de esos sagrados intereses y se fía en su criterio y tino para hacerlos avanzar.

En orden técnico-administrativo, funciona un cerebro director, que ya se integre por un Consejo o ya se confía a la experiencia bien comprobada de un sesudo educacionista.

En la Secretaría de Instrucción Pública y en la de la Oficina central, Dirección General o Consejo, hay numerosas personas, que como las ruedas de una máquina, revolucionan impulsadas por la fuerza dinámica de los propulsores.

Las otras Secretarías de Estado, las gobernaciones departamentales, los ayuntamientos, con sus respectivos personales, los comisionados de cantón y los ciudadanos que forman su auxilio.

Los hombres y mujeres que consagran su juventud, su vida entera, sacrificando sus placeres, comprometiendo su salud y se dedican con más o menos acierto a la tarea de enseñar y que en lo general se manifiestan anhelosos de que sus esfuerzos correspondan a su misión, a

los cuantiosos recursos que en ella se emplean, los Maestros de Escuela, digo, que ante los sujetos que han de civilizar emprenden una lucha titánica con heterogéneos obstáculos, que empiezan en los propios niños, siguen con los padres de éstos y no terminan con las autoridades de la materia, hasta que se retiran hastiados o mueren en la brecha.

Los Inspectores escolares, que ejercen por delegación de las Supremas autoridades, conducen a la grey enseñante a los mejores pastizales y velan en todo sentido porque se cumplan las providencias acerca de la enseñanza e imprimen nuevos derroteros a los trabajos, en persecución de mayor progreso.

Los humildes agentes de la policía escolar ponen, cuando son honrados y buenos patriotas, su útil contingente, procurando que la asistencia de los niños no flaquee y constituya, si es negativa, una rémora del adelanto. En defecto de éstos están los alguaciles, tan sentimentalmente llevados y traídos.

Las personas que integran las Comisiones y las Juntas de Educación, en todos los pueblos y que se distinguen por su amor a la Enseñanza.

Los moralistas, los hombres de ciencia, los que practican las artes, los que torturan su mente en el afán de especular para bien de la humanidad y dotan de literatura didáctica y de consulta a los estudiosos; los filósofos que macerando su

intelecto resumen después de graves exégesis las doctrinas que han primado en los siglos pasados y refundiéndolas dan al mundo el producto del ímprobo trabajo, de una vida de análisis y de síntesis, que no ha tenido en cuenta las privaciones y los desvelos y ofrecen nuevas doctrinas que persiguen la verdad inmanente, la razón de ser de lo que existe y que si no descubren, al menos con sus labores ponen un jalón más en el camino de las investigaciones, con lo cual debemos conformarnos, pues son impulsos que vislumbran la meta nos mantienen con el pensamiento puesto en las obras del Creador y norman nuestra vida subjetiva y nos mantienen en suspensión de este mundo de la materia en busca perenne de los mundos del espíritu.

Todos los intelectuales, poetas, periodistas, escritores, que desde la prensa o la tribuna esparcen los efluvios de su sabiduría, y que son constantes observadores de la humanidad y sus evoluciones y que en busca de mejoras trabajan con ardor y ahinco insuperables, como timoneros de la nave mundial, para poder precisar en el aluvión de las nuevas necesidades que sobrevienen, los escollos a evitar y los rumbos a seguir, hasta hallar, en fin, para los hombres desorientados, los mejores métodos de vida.

La industria y el comercio, por su parte, en varias de sus ramificaciones, consagran especiales actividades a la Enseñanza Pública. La Imprenta y sus auxiliares, el grabado, la litografía, el fotograbado, la

fotografía, etc., que producen libros, estampas, mapas, útiles de escritorio y de dibujo; la arquitectura escolar, la carpintería, etc., etc.

Todos los servicios del gobierno, correo, telégrafo, teléfono; la marina mercante, rinden importante colaboración a la Instrucción. Todos los medios de transporte usados, también lo dan.

No exageramos, pues, si sostenemos que la universalidad de los habitantes de los países y los funcionarios del Estado, de una u otra manera se ocupan en la difusión de la Enseñanza.

El beneficio de la Educación, como lluvia bienhechora, se desparra por toda la comprensión y fertiliza todos los campos, ya sean los del humilde labriego, ya los del rico agricultor; ora los del urbano proletario, ora los del acaudalado comerciante o financiero; todos en su tiempo y a su vez, levantan cosecha, sin exceptuarse los enemigos de la Escuela, los que le huyen, ya que el influjo de las buenas costumbres, como la materia imponderable, se introduce en todas partes.

La Escuela Primaria es luz en alta torre y envía sus múltiples rayos a una vasta comprensión y disipa tinieblas y a unos los deja al descubierto con sus harapos intelectuales y a otros con los mas ricos tisúes del espíritu; aquéllos son los cuerpos opacos que absorben los fragmentos de sol, y éstos los que como los brillantes los reflejan.

La Escuela, bien dirigida, ex-

tirpa lacras sociales como la vagancia, y los malhechores disminuyen; la seguridad individual y colectiva aumenta y la tranquilidad es posible.

Resta trabajo a los padres de familia que a ella se acogen despertando las aptitudes de los niños, revelando sus vocaciones,

Amenguan con ella los parásitos sociales; aquellos que por una desgracia, al tornarse por el estudio y el aprendizaje hábiles para el ejercicio de algo útil y el congo merado humano, se convierte en colmena, en donde todos sus miembros se afanan en producir y producen algo provechoso para la comunidad y para ellos.

.....

Y, sin embargo, el provecho no corresponde a los esfuerzos, desviado de la senda del éxito cabal. ¿Por qué? ¿Qué motiva el retardo y trunca en mucha parte las fuerzas que se dedican a la Enseñanza?

Nos hacemos cargo del capítulo de las disculpas y todas las aceptamos como buenas, cualquiera que sea su naturaleza; pero esta longanimidad no impide el mal resultado y, aquí cabe decir: «El que inocentemente peca, inocentemente se condena». El error se paga, no importa quien lo cometa y la intención que haya tenido al errar. Pero lo de veras malo, lo deplorable en este caso, es que todos los inocentes pagarán por cuantos culpables, faltos de patriotismo o del sentimiento de su responsabilidad.

Todas las excusas justas o mentirosas, tienen el mismo resultado. El enorme porcentaje de analfabetas del Estado, lo está pregonando clamorosamente.

Los Establecimientos docentes de la República, no bastan a la numerosa población escolar: ésto es un mal grave. Por la capacidad de las aulas existentes, apenas un cincuenta por ciento cuenta con alojamiento y de este cincuenta por ciento, por diversidad de motivos no aprovechan los bienes de la Escuela, sino la mitad, de donde deducimos que setenta y cinco por ciento de los escolares de las ciudades y de los campos no concurren a las escuelas. El gasto que se hace, sin embargo, alcanzaría, bien distribuido, el 75 por ciento y, en último análisis, sacamos en limpio que hay un derrame inútil de los tres cuartos del gasto que se hace en Instrucción Pública.

¿Y se puede evitar el desperdicio? Claro está que se puede. ¿Cómo? Cumpliendo la ley, cada cual, en la parte que le toca, con la mayor estrictez, con la mayor sinceridad, sin comentarla con el propósito de desacreditarla.

Hay que abatir la indolencia, hay que desvanecer la inercia, hay que hacerse cargo de la responsabilidad histórica, de que la posteridad tomará estrecha cuenta.

NOTA:—Este estudio considera la actualidad de unos treinta años atrás; mas el tanto por ciento de analfabetas no se ha disminuido mucho, a pesar de los esfuerzos realizados y de los avances que en estos sentidos ha alcanzado la Enseñanza.

Una supuesta tumba de Cristo en Kasheмира, India

Por el Dr. Juan Marín
(Miembro Correspondiente)

New Delhi, junio de 1949.

Nuestro amigo el anciano «Guru» que ha visto y previsto todos los dramas y convulsiones que han sacudido a la India en los últimos años, desde su retiro silencioso ubicado a la sombra de una mezquita en Old Delhi, nos dice a manera de despedida de aquella memorable entrevista:

—«Y si va a Kashemira no deje de visitar la «Tumba de Cristo», Rose Ball, en Srinagar, en el viejo barrio nativo donde desde hace centenares y miles de años habita la «tribu perdida» de Israel. Pues el Nazareno, que había venido al Tibet y permanecido allí durante los trece años mudos y misteriosos de su vida—que algunos creen pasó en Egipto—salió de su tumba en Jerusalem, pero no para ascender a los cielos sino para retornar al Tibet donde lo esperaban sus «Maestros». En el camino, en una de las escalas de su ruta, su alma inmortal y divina se separó definitivamente de su cuerpo ciliciado y exhausto. Fue sepultado en Srinagar. Desde entonces aquel sitio es sagrado para los fieles de todas las religiones. Hoy día es un santuario mahometano el que cubre su cenotafio, pero el he-

cho no tiene importancia; a lo largo de veinte siglos, ese santuario ha cambiado muchas veces de etiqueta. Los únicos que no podían jamás adorarlo, son, naturalmente, los judíos... Pero, ellos viven en torno, velando alrededor de él como en una perpetua vigilia de armas. Los sabios e iniciados de todas las religiones de la tierra, saben, sin embargo, que allí reposan los restos corpóreos, la que fue prisión material del alma de un gran iluminado, de un santo, de un «Purusha», de un «Bakhti», de un Mesías, de un «avatar» o encarnación—acaso la más perfecta—de la Inteligencia Suprema, del Uno del Espiritu Universal de cuyo seno ha nacido todo lo que existe y al cual retorna todo lo creado... Allí en Kashemira, verá Ud. al fondo de un paisaje nevado y transparente, la «Gran Montaña de Brahma» con la «Cueva de Armanath» desde la cual Shiva Mahadeva controla y regula las fuerzas destructivas del Universo: el «lirgam» de hielo de Armanath simboliza y personifica las fuerzas creadoras que desencadenan la destrucción y la muerte, gracias a las cuales los ciclos creadores pueden recomenzar. Y al pie de aquellas montañas encantadas, al pie de ese Himalaya miste-

rioso y potente, en un lugar humilde que casi nadie conoce, en medio de los pobres que El amaba, encontrará Ud. la «Tumba de Cristo».

Por mucho respeto que nos merecieran las afirmaciones y enseñanzas del viejo «vogui» hindú, aquello nos pareció perfectamente disparatado y absurdo, y salimos de su casa preguntándonos si la razón del ilustre «bráhmín» que fue amigo de Gandhi y discípulo de Tagore, no se encuentra acaso ya en esa nebulosa que precede a la extinción total. Pues hablarnos de la «Tumba de Cristo» y decirnos que ella se encuentra en Srinagar, capital del Estado de Kashemira se nos ocurrió la última divagación de una mente dislocada por excesos de introspección, autoanálisis, ayunos y desdoblamientos con viajes por el plano astral.

Mas, he aquí que hemos llegado a Srinagar en una rápida visita de turistas y después de visitar los encantados «Jardines Mogules»—los «Versalles del Oriente»—y el «Shankarasharya» o «Trono de Salomón» en lo alto de la colina que domina la capital kashemiriana, y la fantástica mezquita «Jamme Nachid» donde venía a orar el gran Emperador Jehangir, y muchos otros lugares, nuestro guía nos dice:

«—Y ahora, si lo desean, podemos visitar la «Tumba de Isa» el gran Profeta que los Cristianos llaman Jesús y que llegó hasta aquí, de paso para las montañas, después de su muerte, y sepultación en Jerusalem».

Aceptamos con reluctancia o, mas exactamente, con sentimiento

mezclado de resistencia y atracción: ambivalencia psicoanalítica como en todo aquello que atañe al fondo mismo de la conciencia, a los plenos más profundos de la psiquis. Nuestra «tonga» o carricoche de caballos, se detiene en una callejuela maloliente y sombría de la ciudad nativa, allí donde la miseria, las enfermedades y la muerte reinan sin freno ni contrapeso. Luego la «tonga» no puede seguir avanzando y nos es necesario proseguir a pie por entre aquel laberinto de casas de barro a medio derruir, acequias abiertas atestadas de desperdicios y en donde los muchachuelos harapientos se disputan con las moscas en el día y con las ratas en la noche el predominio de la calle. Las «vacas sagradas» se pasean por allí, indiferentes a la suerte del mundo que las rodea, con una indiferencia que tiene algo de olímpico y de humilde a un mismo tiempo: indiferencia de «ángeles caídos» —como nosotros los hombres— con la diferencia que nosotros luchamos todavía adheridos a esa «cutícula de celuloide» que es la ilusión y el deseo, mientras que ellas ya no luchan, no necesitan luchar. A poco andar, nuestro guía se detiene y señalándonos un pequeño edificio ruinoso, de un aspecto de abandono y de pobreza indescriptible exclama:

«—He aquí la «Tumba de Isa», el Nazareno, crucificado por los judíos en Palestina. El apóstol Santo Tomás conoció la existencia de este sitio y por eso vino a la India; en la ruta, murió suplicando en la corte de uno de los Príncipes Partos o Sakas, en Mailanpur, en donde se

encuentra actualmente su sepultura. San Pedro también supo de este viaje póstumo de Cristo, pues Isa se despidió de El al borde del Mar de Tiberiades, diciéndole: «—Pedro, cuida tú de mi rebaño». ¿Por qué cree usted que San Francisco Xavier, el discípulo predilecto de Ignacio de Loyola, vino a India? ¿Por qué? ¿Por qué desembarcó en la costa occidental de India si en verdad su objetivo era el Japón?».

No tenemos deseos de polemizar con el elocuente y exitable guía y no le respondemos. Nuestro propósito —por lo demás harto tenido de escepticismo— es simplemente ver y escuchar. Despojándonos previamente de nuestro calzado, entramos en el recinto. Sin que podamos disimularlo, una profunda impresión nos domina ahora que estamos en la semi-penumbra del santuario. No es lo mismo que sentirnos frente a la «zarza ardiente» de Moisés en el Sinaí, ni al borde del sepulcro de Hiram, Rey de Tiro, en El Líbano, ni ante la Cámara de Alejandro Magno en el «Templo de Amon» allá en el remoto Oasis de Siwa perdido en los arenales del Desierto de Libia... Es algo distinto: una especie de terror sagrado, el pánico que experimenta el hombre primitivo frente a un tabú que intenta quebrantar a una ley tribal que amenaza violar. La sensación más exacta sería dada con la palabra profanación. Miedo de profanar algo sagrado, de ver demasiado, de aprender demasiadas cosas, de tener experiencias indelebles que puedan después conturbar nuestra conciencia.

Si afuera del local el aspecto es de ruina y abandono, ahora adentro, en la penumbra oliente a desván y a cosas devoradas por el tiempo, la impresión es casi siniestra. El santuario es estrecho y apenas si hay lugar para nosotros con nuestro guía y con el Sheikh encargado del recinto. Dentro de una caseta de madera, hecha en enrejado de listoncillos como las ventanas y celosías del mundo árabe, vése un sarcófago de piedra que, como la cubierta del cenotafio de las momias egipcias, parece moldear en piedra la silueta del cuerpo y del rostro del cadáver. Es como si una leve ola de aguas grises, al cubrir un cuerpo sobre la playa, se hubiera quedado súbitamente petrificada, moldeando en su guante de arenas el perfil humano yacente. La caseta es de estilo arábigo-musulmán evidente; la piedra en cambio tiene mucho de la austeridad faraónica.

«—Dentro de ese sarcófago o debajo de él, nos dice el guía, se cree que hay importantes hallazgos arqueológicos que esperan ser sacados a luz algún día. Sólo se necesitaría que alguien solicitara un permiso y que el Gobierno de la India diera ese permiso. Pero hay todavía otro factor: habría que encontrar al hombre que se atreviera a hacerlo, pues una maldición pesa desde tiempo inmemorial sobre aquel que osare profanar con sus manos la santidad de esta tumba. Sobre esto, prefiero no hablarles más.

Contorneamos lentamente el sarcófago, por fuera de la caseta de madera labrada. Al llegar a uno de los ángulos, junto al lado izquierdo

de la cabeza del féretro, vemos una piedra granítica, lustrosa y pulida por el frote de manos y de labios al través de siglos.

«—Esas son las huellas de los pies de Jesús», nos dice el guía.

En efecto, sobre el granito multacentenario vemos destacarse con una nitidez y un vigor —casi diríamos una «vida»— increíbles, las huellas de dos pies humanos que un día anduvieron calzados de sandalias. ¿A quién pertenecen esas huellas? ¿Cómo pudieron imprimirse tan hondamente y tan realísticamente sobre el granito indestructible? Hay una armonía perfecta entre los dos factores: fuerza y belleza, en su plástico modelado. Se siente alentar en ellos el soplo helado de lo sobrenatural. Es la «puerta en el muro» de H. G. Wells, a punto de abrirse. Allí, en esos momentos, todo podría acontecer, todo es posible. Pues hay magia en ese modelado. Esto es lo menos que podríamos decir para explicar la extrema sensación que nos embarga y que en nada se asemeja a experiencias anteriores. En el muro que da a la callejuela, hay un pequeño nicho. El Sheikh explica algo en lengua urdu a nuestro guía el cual nos traduce:

«—En el Aniversario de la Crucifixión de Cristo un intenso perfume se desprende de esta cámara y sale por este nicho a la calle, donde los fieles o cualquier transeunte, puede sentirlo. Este fenómeno era mucho más intenso en antiguos tiempos y los cronistas han dejado constancia de ello en los viejos li-

bros, desde los peregrinos chinos del siglo III D. C., hasta los poetas persas que vinieron con los Khanes Mogules hacia apenas 3 o 4 siglos.

Interrogamos al guía:

«—¿Ustedes veneran este santuario y los despojos que aquí yacen, quienquiera que ellos sean?

«—A fuer de buenos musulmanes, nosotros los veneramos, nos responde, pues para nosotros Isa o Joshua o Jesús fué un gran Profeta, tan grande como Mahomet. El Korán así lo reconoce... Ciertamente ustedes no ignoran que Abraham, Moisés, Jesús y Mahoma son los Profetas koránicos. Puesto que aquí yace el cuerpo de uno de ellos, les hemos obligado a ustedes a descalzarse antes de entrar a la mezquita de Hazral Bal donde se guarda un pelo de la barba de Mahomet».

Preguntamos al Sheikh encargado del santuario si vienen muchos fieles a orar y nos responde que muy pocos, pues aquello no es en realidad una mezquita sino simplemente una tumba santa.

Interviene el guía en la conversación diciendo;

«—El Padre pasa muchas pobreza pues la ayuda que recibe es muy poca ..»

Ha empleado la palabra «Padre» en español, a pesar de que nuestra conversación se desarrolla en inglés. Interrogamos entonces al guía:

«—¿Por qué ha llamado usted «Padre» al Sheikh y no ha usado por lo menos la palabra «Father» en Inglés...?»

«—No lo sé, nos replica... Desde que este sitio existe, siempre el encargado de la tumba ha sido llamado «Padre», aun cuando fuera budhista, hindú o musulmán. El es el único que puede entrar dentro de la caseta de madera labrada y acercarse a la lápida. Es el único que puede tocar la lápida con sus manos. Algún otro que lo ha hecho ha pagado con su vida tal atrevimiento. Cuéntase de algunos que intentaron excavar por debajo del sepúlcro y todos ellos quedaron mudos y nunca pudieron contar a nadie lo que allí vieron. El «Padre» es el único que tiene poder para ello... Su poder emana de lo muy alto...»

En un ángulo de la caseta de madera vemos una inscripción que dice: «Azirat Joshua, Kanyar». El Sheikh nos dice:

«—Eso significa: «El muy bondadoso Jesús». La palabra Kanyar indica el nombre de este barrio.»

Le preguntamos qué base tiene él, o las personas que le han dado la investidura de «Padre» guardián de ese sitio, para afirmar que es el cuerpo de Jesús de Nazareth el que allí reposa.

«—La tradición así lo cree, nos contesta. Durante dos mil años todos los hombres que aquí han vivido o que por aquí han pasado, lo han creído firmemente. En este

país que en la remota antigüedad adoró al Sol y a Siva, a Budha, a Zeus, a Manjuri, a Avalokita y a Mahoma, siempre se ha respetado este lugar como la tumba del gran Santo de Occidente que vino aquí a morir.

—Y ¿por qué habría de venir aquí a morir?, insistimos, apretando nuestro interrogatorio.

«—Pues, porque Kashemira es una de las pucrtas de entrada al Tíbet e Isa iba hacia el «Techo del Mundo» cuando lo sorprendió la muerte. Además, Kashemira es y ha sido siempre tierra sagrada. Aquí habitaron primeramente los «Nagas» o «Reyes-Serpientes» pobladores de las aguas de los lagos. Después vinieron un día, bajando desde lo alto de esas montañas y desparramándose por las ricas tierras de los «Cinco Ríos» o Punjab. los hombres rubios y blancos, los «Aryas» o «Senores», adoradores del sol y encendedores de «Agni» o el Fuego Sagrado. Luego los mensajeros de Gautama Budha vinieron a cultivar la pristina flor de loto de su doctrina en este paisaje encantado. Hombres sabios llegados con las legiones rudás de Alejandro Magno y de los Césares romanos, aquí permenecieron estudiando nuestra ciencia. Después todos los de todos los países han enviado a sus mejores mensajeros o discípulos aquí, a enseñar o a aprender. Kashemira, que en el comienzo del muudo fué asiento del Paraíso Terrènal, tiene forzosamente que ser tierra santa. ¿No ha mirado usted nunca el cielo en una de estas noches estrelladas? Pues hágalo: aca-

so le sea dado leer en este gran Libro de Luz y encontrar respuesta a muchas de las preguntas que lo con-turban».

Nos retiramos depositando algunas monedas en la alcancía del humilde santuario tan abandonado de los dioses y los hombres. Nuestro espíritu se encuentra sacudido por fuertes corrientes subterráneas. ¿Qué misterio encierra aquel lugar? Evidentemente no puede tratarse de la tumba de Jesús de Nazareth, pero ¿quién es ese «Azirat Joshua» allí sepultado? ¿Por qué los libros de Arqueología no hablan de este sitio? Al subir a la «tonga» abrimos el libro de los «Upanishads» que llevamos frecuentemente con nosotros en nuestras excursiones y he aquí la estrofa que se ofrece a nuestros ojos:

«Oh Señor, conducidme de la
(Irrealidad a la Realidad
de las Tinieblas a la Luz,
de la Muerte a la Vida...»

De regreso a New Delhi, visitamos al cabo de algunos días a nuestro amigo el sabio «Guru» brahmánico y le narramos nuestras experiencias. Nos recibe sentado sobre un alto entarimado que asemeja una cama y vistiendo una leve túnica de lino blanco. Acaba de salir de una de sus meditaciones.

«—Me alegro de que haya visitado usted Kanyar, nos dice... Valia la pena. Es uno de los lugares claves en las rutas del Universo. La

gracia o la perdición emanan de allí, pueden allí ser decididas en un solo instante. Fuerzas espirituales muy potentes, propicias u hostiles, confluyen allí o de allí emergen como invisibles hondas magnéticas para expandirse por el mundo».

—Rero, le decimos... ¿Cómo cree usted posible o sospechable que el cuerpo de Jesucristo que fué crucificado en Jerusalén, lanceado en el costado y sepultado después bajo una pesada lápida, pueda encontrarse aquí, en un rincón del nordeste de la India?

Nuestro sabio «Guru» nos mira silenciosamente y luego dice:

«—¿Fué acaso encontrado su cuerpo? ¿No afirmaron sus discípulos que al ir a retirar el cadáver, la fosa estaba vacía? Jesús había estado antes en Oriente, aun cuando hay muchos ignorantes que afirman que estuvo en Egipto y no en Tibet. Había aprendido aquí muchas cosas que usted ignora y que ignorará siempre. El fué enterrado evidentemente en Palestina, pero El viajó después, en forma material, hasta aquí, para dar cuenta de su misión terrenal ante quienes tenía que darla, puesto que fué un Dios encarnado. El no podía desaparecer sin dejar rastros. En alguna parte debía reposar su cuerpo cuando el «atman» volvió al seno infinito de Brahma... Ese sitio fué Srinagar, la ciudad fundada por Asoka «el Piadoso» y embellecida por Akhbar «el Tolerante». Por supuesto que, siendo usted Cristiano, no podrá jamás aceptar semejante hipótesis que

le parecerá herética y hasta abominable. Pero, nosotros los hombres de Oriente, que hemos visto nacer y morir muchos sistemas religiosos y filosóficos y que hemos visto alumbrar y apagarse la llama efímera de las vidas de hombres y demiurgos, nosotros aceptamos tal hipótesis como cosa probable; posible y aún cierta. Recuerde usted aquello de «Ver y creer» que dijo Santo Tomás introduciendo su mano por la herida del costado de Cristo... Movidio por ese mismo espíritu de curiosidad casi científica, el Apóstol Tomás vino a la India en demanda de este sitio. No alcanzó a visitarlo pues escrito estaba que su exceso de curiosidad habría de desatar un «karma» hostil y acabar con su vida. Pero, usted ha tenido mejor suerte... Usted ha visto. Y sobre lo que allí haya sentido yo no le pregunto pues esa es cosa suya, exclusivamente suya, frente a su conciencia. Recuerde, sin embargo, aquella sentencia del «Bhagavad-gita» que

dice: «Muchos son los hijos emanados del Padre, pero el Padre Místico de Todo lo creado es Uno Solo».....

Un grupo de discípulos esperaban al «Guru» en la antesala para ser guiados por él en su meditación vespertina. Salimos a la ardiente callejuela y de allí a la ancha plazoleta de la mezquita. El «muezzin» desde lo alto del minarete llamaba a los fieles de Mahoma a orar, con el rostro vuelto hacia la Tumba del Profeta islámico, allá en el remoto desierto de Arabia.

Atardecía y el sol revestido de su túnica anaranjada y azafrañada como la de un monje mendicante de Budha, desaparecía tras el dombo de los lejanos templos hindúes que, como una caravana de dromedarios se recortaban en el horizonte en llamas. Caía la noche sobre el Asia.

J. M.

Contribución para el Estudio del "Complejo de Doña Bárbara"

**Conferencia de incorporación al Ateneo de El Salvador, el 29
de Octubre de 1949, dictada por don Alfredo Betancourt**

*«Era a bordo de una piragua... Lejos
en el profundo silencio, se oía el bronco
mugido de los raudales de Atures... De
pronto cantó el yacabó...»*

I

IDEAS SOBRE LA NOVELA

El relato novelístico es, en realidad, declaración viva de la profunda y compleja psicología humana sometida al plan técnico del escritor épico. Entiendo que la vida misma, —con todos los matices anímicos— se mueve en la trama novelesca con la justa verosimilitud de la realidad social.

Las acciones de los caracteres humanos nada significan sin la saturación ambiental que le sirve de marco o de paisaje. Asimismo, el desplazo central del protagonista no alcanza a modelar los resortes del interés necesario en la narración, sin la presencia oportuna de las múltiples posiciones de los personajes se-

cundarios, que bien se distribuyen en las relaciones, según convenga al interés en crescendo implícito en el enredo.

La novela de nuestro tiempo y de Nuestra América —o con más propiedad, de Hispanoamérica—, ha logrado fundir los caracteres generales clásicos con las inquietudes típicas del ambiente coatumbrista o vernáculo. Aprovecha, en cierto modo, del labrado técnico de la novela europea del siglo pasado, refundiéndolo al cuño genuino que la hacen única. No gasta esfuerzos vanos en supervalorizar el arranque inverosímil de un personaje legendario o extrahumano, sino que mueve al hombre real —Quijote y Sancho— a la conjugación directa con los principios intrínsecos que condicionan el comportamiento.

Por tal razón, el ámbito con la suma de sus caracteres, con sus posibilidades y con sus rasgos negativos, se ofrece con relevante sentido a la novela americana. El escenario tiene fuerza de impresión en la conducta, de tal modo que no puede explicarse ésta sin aquél. Puede ser la ciudad lacrosa, el llano infinito, la selva tenebrosa y devoradora, los ríos caudalosos, el páramo enclavado en los portillos de los Andes, la montaña enhiesta desafiante del ventisquero y de la altura, la costa enfermiza y calurosa, el soberbio mar, el desierto salitroso, la manigua pútrida, la fábrica explotadora en las urbes industriales. ¡Son escenarios ricos en decorado para la expresión del drama del alma de nuestra gente! Son cajones en que se vive, buscando, tras infinitas caídas, el poder de la carne y el poder del espíritu.

* *
*

No es verdad que América sea una novela sin novelistas. Además de novela es una epopeya. Pero en la expresión literaria, cada parcela tiene sus motivos palpitantes como para que se escriban —como tal se realiza— los más ricos relatos en los que no caben los místicos personajes propios de la epopeya heroica. No caben tampoco las caracterizaciones de individuos que no respiran la cruda realidad que envuelve a la angustiada o compleja estructura de nuestro hombre criollo. Esa condición incita con fuerza imperativa al desplace franco y sincero algunas veces; otras, a las felonías más despiadadas.

Con caracteres de ese cuño se escribe, con entusiasmo creciente, la novela de Nuestra América doncella. Críticos de altura, como el chileno Arturo Torres Ríosco, han escrito de modo brillante juicios de profundo alcance sobre la novela de Hispanoamérica. Sin contar las obras chicas —en sentido de comparación— en el inmenso panorama, son varios los evidentes orgullos de la letra americana a través de la novela. Dijimos cierta vez, juzgando a la grandiosa novela colombiana «La Vorágine», que aunque ya llegan a número respetable las obras famosas en este nuevo marco, «Doña Bárbara» sigue como atalaya grandiosa pregonando el drama psicológico del llano orinoqueño; «La Vorágine» es el poema de la selva y la violencia; «Don Segundo Sombra», el trágico relato del resero en la pampa; «El Mundo es ancho y ajeno», la realidad agraria de la sierra, el altiplano y la «montaña», con exigencia de redención del indio y del cholo peruano.

Agreguemos:

Doña Bárbara es la visión de un psicólogo con dotes geniales de narrador: el insigne Rómulo Gallegos, arquetipo de hombres. Su novela psicológica ha fundido los motivos de la sabana en un haz de admirable arquitectura. Ella expone sin reticencias las causas de las desviaciones sociales e individuales en un ambiente de pura naturaleza. Pinta con patetismo maravilloso el autor, aunando el fondo a una forma casi perfecta: es él un maestro de estilo. Me obligo a precisar que en «Doña

Bárbara» se funden con fuerza imponente las realidades criollas del llano con la subjetividad esotérica y racional del habitante. Por otra parte, se me ocurre afirmar que ella es un pregón sincero y valiente de una conciencia conocedora de las cuerdas que atan, de los gases que asfixian, de las manos que ahorcan a los que claman una existencia bolivariana.

* *
*

Pero en la genial novela que hoy nos sirve de motivo de análisis, no entraremos con el juicio literario cabal de que ella es merecedora. Resulta un pecado de *lesa lífera*, evidentemente imperdonable, hacer un análisis al *correr de la pluma* en obras de inapreciable valor, que ya son clásicas por su calidad y por su trascendencia. Ellas han grabado con buril de acero, la razón de su valor en la crónica de la cultura. Pero nuestro objetivo no es de crítica literaria, sino un motivo psicológico que se nos ha ocurrido bajo el signo de complejo de «Doña Bárbara»; quiero por ello, tirar de un extremo de la cinta para encontrar el nudo que vitaliza el respirar de este ensayo.

Abandono, pues, el exégesis literario con pinceladas filosóficas y entro, con mucha duda, al problema psicológico que me ha sugerido la gran novela. Creo que es original el tema: «EL COMPLEJO DE DOÑA BARBARA».

Quiero antes hacer algunas consideraciones de orden psicológico en

torno al problema del complejo. Además, a guisa de ilustración, me referiré al complejo de Edipo y al complejo de Electra. Todo, como una modesta contribución al estudio de la conducta de la mujer que encarna al prototipo femenino de escandalosa voluntad de poderío.

II

CONCEPTO PSICOLOGICO DE COMPLEJO

Los estudios modernos de psicología han buscado por todos los rumbos los principios causales que determinan el comportamiento humano. En la búsqueda afanosa de la verdad, en materia psicológica, se han encontrado ciertas modalidades de expresión anímica que parecen no corresponder a las formas normales; es decir, están fuera de la línea de cómo se manifiestan el común de los hombres.

Se ha visto obligada la psicología a incorporar a la riqueza de sus tecnicismos científicos, un término que connota un concepto preciso a manera de explicación de un estado psicopático o neurótico. Tal forma anormal de conducta sábase que se ha estructurado con saturación de tonalidad emotiva, lo que orienta al potencial anímico hacia rasgos de patología en los que juega decidida intervención el dinamismo inconsciente. Complejo se llama la estructura a que hemos hecho referencia. El llega a constituir el eje directriz de las variadas formas de

la intimidad. Como si él llenara la dirección de cuanto piensa, siente y quiere el sujeto poseído de esa circunstancia; así actúa el hombre.

Según los psicoanalistas, la llamada represión inhibitoria es la causa más significativa en la formación traumática del complejo. Es bien conocido el hecho de que todo lo que desempeña el papel de obstáculo (objetivo o subjetivo) para nuestra satisfacción, nos hunde en el desasosiego o en el deseo irresistible de tipo morboso.

Señálanse en el comportamiento de los humanos, diversos signos de expresión de la intimidad, que claramente causan desviaciones, extravíos y posiciones que ante los planos normales son merecedores de sanciones. Mas, si bien se mira, toda aplicación de pena en circunstancias tales, resulta evidentemente, una injusticia.

Los complejos obedecen, como hemos señalado de paso, a determinadas causas, que en el deslizarse de la existencia biopsíquica del hombre llegan a ser su realidad bajo imperativos psicopatológicos. Así pues, esas formas desviadas de la conducta como efectos de traumas, merecen analíticas investigaciones. Los psicoanalistas en su conocimiento atrevido de lo profundo anímico, han precisado las causales de las diversas formas de psicología infranormal. Como es fácil entender, las modalidades expresivas de la intimidad bajo los llamados *complejos* deben ser explicadas con sentido analítico a fin de asegurar los motivos verdaderos

de las desviaciones y de los desequilibrios que arrastran al hombre a realizar los gestos más atrevidos; a sustentar los designios más diabólicos; a mantener las posiciones más extremas; a presentar la existencia más enigmática. Por esto el complejo de inferioridad impulsa algunas veces a defender posiciones de las más cobardes; otras, deviene acciones heroicas que asombran por temerarias; y es común que las delincuencias tengan sus arranques en la marcada insuficiencia anímica. Minusvalía o falsa plusvalía con sello de inadaptación social, son pruebas de la realidad de complejos de inferioridad. La atrevida concepción de Nietzsche con su «voluntad de poderío», es una explicación evidente de la realidad traumática de la pobre existencia espiritual del hombre.

Las represiones inadecuadas, como los shocks nerviosos y las inhibiciones imperativas son la causa de esa inseguridad lastimera de nuestra propia existencia. El desasosiego, la angustia, la sensación de inseguridad, la excesiva emotividad depresiva dada por la constante amenaza, son causales reconocidas en la formación de complejos en la línea psíquica de los hombres. La conciencia, como poder de conocimiento de los propios estados, interviene decididamente en las diversas formas psicopáticas. Los pueblos de todas las latitudes ofrecen formas peculiares de complejos que se agregan a la tipificación racial que al fin define la idiosincracia. Mas, también, las almas en su valor singular, ofrecen estados de psicopatías. Es

verdad que es muy raro encontrar psicasténicos en los pueblos de niveles culturales bastante bajos. La cultura, con sus normas privativas y la civilización con su despegue del mundo natural, han dado grandes conquistas pero también son causa de la incomprensión natural de la vida.

III

COMPLEJO DE EDIPO

El genio de Segismundo Freud fundó su gran teoría del Pansexualismo en la existencia del inconsciente, del cual fué su explorador más acucioso. Su tesis es comparable con la teoría de la Evolución, de Darwin o con el sentido materialista de la Historia, de Marx; esto en lo que respecta al propósito revolucionario de la posición científica. La exploración del profundo y oscuro campo anímico llevó al maestro vienés a encontrar la causa dominante de las psicosis y de las neurosis. Conociendo la etiología se propuso ofrecer el medio terapéutico para liberar al espíritu de esa condición enfermiza. Así nació el Psicoanálisis. Pues uno de los descubrimientos del freudismo, recurriendo a la mitología helena, es el complejo de Edipo. Se manifiesta como un amor sexual de la madre al hijo o del hijo a la madre acompañado de hostilidad hacia el padre. El fondo es el eros sublimizado en la relación del amor filial masculino con el maternal.

Las condiciones biopsíquicas que determinan la conducta sexual

están en latencia en la niñez; los caracteres sexuales secundarios aparecen con la pubertad y con la adolescencia; caracteres que exigen la satisfacción de reclamos instintivos. Aun en condiciones propias del fisiologismo sexual no se registran hechos carnales que dan forma objetiva al complejo de Edipo. Las expresiones libidinosas del complejo no llegan al incesto.

Esta modalidad de comportamiento inconsciente no tiene las características de las formas patológicas. Es, pues, normal la conducta que determina la relación erótica señalada en formas sublimizadas o canalizadas por la cultura.

IV

COMPLEJO DE ELECTRA

La propia mitología del pueblo griego ofrece el modelo para analizar la conducta erótica de la relación entre el padre y la hija. Diríase el contrario del Complejo de Edipo el Complejo de Electra. En el comportamiento corriente ya existe la sublimización y sólo por observaciones del actuar en el seno de la familia se comprende la intención inconsciente del eros. Distinguese en este complejo la adhesión libidinoso de la hija con el padre; las variadas situaciones se combinan con la visible repulsa u hostilidad, aparentemente inexplicable, hacia la madre. Parece una rivalidad que disminuye en tanto las características sexuales vayan reclamando objetos sexuales exogámicos.

Según las observaciones, el Complejo de Electra tiene menos frecuencia que el de Edipo; de aquí se desprende por qué la suegra rara vez manifiesta simpatía por la nuera.

Estos complejos, según el Pansexualismo freudiano, tratan de acusar que el objeto sexual, aun indiferenciado como en los niños, es generalmente un ser de sexo opuesto, aunque por razones biológicas no exista la cópula.

Existen en el alma humana muchas otras formas psicopatológicas que se han agrupado en la denominación genérica de «complejos», pero que no se deben a circunstancias libidinosas por sublimización o por represión. No negamos la influencia decisiva en la conducta y ellos han sido —por tal razón— motivo de profundas reflexiones como las realizadas por Alfredo Adler.

V

EL COMPLEJO DE DOÑA BARBARA

Sucede en el alma de una mujer. De una mujer singular forjada en un escenario de omnipotencia telúrica y de explosión de violencias pasionales. La influencia de lo externo se suma al ancestro. A esa alma femenina la han modelado dos factores: la herencia y el paisaje.

Sale del mundo de su inocente niñez en abandono y penetra por la selva oscura de la perversidad con-

ducida por la vulgar brama de un grupo de despiadados, en lugares en donde no hay más ley que la feracidad natural.

Y así deviene toda voluntad de poder —como en los tiempos feudales— en las sabanas del Arauca. La cacica se yergue con egocentrismo que espanta. Su existencia es la ambición; todo lo subyuga, todo lo hace objeto de su dominio. Pero en especial al varón pretende nulificar con saña; para cumplir los reclamos de su obscuridad inconsciente, de su paranoia sin frenos, acude a los medios más siniestros. Maquiavelismo atroz en un ámbito salvaje. En los episodios medulares del relato vémosla actuando como pulpo asfixiante del poder varonil. Todo aquello que no se acomoda a sus designios, estorba. ¿Los procedimientos? Todos resultan eficaces; pero excelentes, los mejor calculados y más perversos.

El dominio sobre el latifundio el poder sobre los hombres a quienes anhelaba anular por la vía de la concupiscencia y de la lujuria; la absoluta autoridad feudal; el desprecio e insubordinación al derecho, al decoro, a la dignidad, a la religión, al sentimiento puro, ¿debíanse a reflexiones autoconscientes dentro del conocimiento pleno de los valores del Bien y del Mal? ¿Era su conducta turbulenta la expresión fiel de su inconsciente personal como evidencia de un poderoso trauma?

Sin pretensión de freudianos, psicoanalicemos la conducta no beatífica de Doña Bárbara y establezca-

mos con claridad la etiología de la paranoia libidinosa.

En el capítulo «La Devoradora de Hombres», nos dice el autor:

«De más allá de Cunaviche, de más allá del Cinaruco, de más allá del Meta. De más lejos que más nunca —decían los llaneros del Arauca, para quienes, sin embargo todo está siempre—: «ahí mismito, detrás de aquella mata». De allá vino la trágica guaricha. Fruto engendrado por la violencia del blanco aventurero en la sombría sensualidad de la india, su origen se perdía en el dramático misterio de las tierras vírgenes».

Todo aquello que envuelve la idea misterio y que llevamos como elemento amargo de nuestro propio espíritu, nos acongoja, nos angustia. Quizá más: nos espanta. Pretendemos huir, pero la tragedia va con nosotros y es causa del ser de nuestra existencia. Buscamos refugios. Algunas veces desembocamos en cavernas tenebrosas de donde salimos saturados de obscuridad y con la creencia de vencer el más difícil problema. Otras veces, nos elevamos en busca de la unción divina. Pero siempre el misterio nos atormenta.

¡Qué gran pena llevan como lastre los que no saben quienes han sido sus progenitores! Estar en el mundo sin amparo del amor paterno, es doloroso. El niño siempre ha menester del sustento espiritual y material del padre. Estar al influjo de todos los vientos y de todas las tempestades es sumamente aflictivo.

Doña Bárbara no supo de sus padres. Esto es bastante para ser un resentido en constante reclamo. ¿A qué medios iba a recurrir en la canalización de su comportamiento? Esperaremos. Asistamos a los otros datos que se fundirán en la totalidad anímica de la dueña del hat0 de «El Miedo».

Y pensemos, además, que las características físicas de la criolla apuntan la realidad de la mezcla de la sangre india con la sangre del blanco. Y por añadidura, ¡de blanco aventurero! Esto significa el espíritu de dominio del blanco a través de un acto hestial. No supone el devaneo amoroso que se colma con la caricia mutua y la posesión voluntaria. Entraña el instinto sin mezcla de sentimiento. Esta nota encuéntrase como rasgo típico del mestizaje desde los principios de la colonia, al punto de formar sedimento de odio en el alma colectiva de esta «raza cósmica».

En nuestro tiempo y en nuestro clima, la violencia sexual del hombre poderoso no desmiente la bestialidad y así es como triunfante se pasea con insolencia cínica en la resignación de la infeliz muchacha de pueblo. Y ella rumia el dolor de la honra ofendida, porque fué pasto del instinto ciego y lujurioso del extraño aventurero.

Bajo la influencia del contorno cerril, primitivo y bárbaro, se movió la mujer cuyo espíritu era una fusión de factores negativos a una conducta honrosa. Y esa mujer por ningún instante dejó, en sus mani-

festaciones, la expresión de super, hasta que aparece en escena la apolínea y recia figura del Dr. Santos Luzardo, el varón que al no dejarse poner la soga en el pescuezo produjo una conmoción decisiva en la vida de la dañera. Surge entonces, en ella una desesperación insoportable. El desdén esquizofrénico con que antes veía a los demás, vióse luego humillado, sobrepasado. Por esa causa hay confusión afectiva que se revuelve en choques íntimos sin encontrar vía de escape.

El alma de aquella hembra era algo así como las corrientes turbulentas de los ríos a los que llegan los desechos de la selva. Y el río y la selva y el llano y el hombre, impusieron cada uno sus factores, a cual más sombríos. Mas, el momento trascendental de la vida de esta mujer sucede en los años de su adolescencia en pleno corazón de la selva y a bordo de una piragua. Antes, en un cruce de caminos aparece un hombre joven, sincero y amable: se llamaba Asdrúbal, quien ya siendo viajero acompañante «animaba la tertulia con anécdotas divertidas de su existencia andariega. Barbarita se desternillaba de risa: mas, si él interrumpía su relato, complacido en aquellas frescas y sonoras carcajadas, ella las cortaba en seco y bajaba la vista, estremecido en dulces ahogos el pecho virginal.

Un día le deslizó al oído:

—No me mire así, porque ya mi taita se está poniendo malicioso.

Y nació así el deseo romántico de adoración platónica; quedóse en

sus principios la mutua correspondencia de libido esencialmente espiritual. Nada de anormalidad en esto; por el contrario: es una clara prueba del despertar sexual en los años adolescentes. Era natural que de tal modo fuese la manifestación erótica: es el momento psíquico más humano de Barbarita. Pero la perversidad espiaba y calculaba. Por ella no pudo encontrar franca expresión el sentimiento de dos seres que poco a poco se entregaban con humildad y ternura. El drama estaba realizándose en un marco de soledad siniestra. Como fuerzas antagónicas palpitaban tenebrosos juegos de instintos y de pasiones inferiores: la tripulación del bongo tenía un plan en el que Asdrúbal sería asesinado y Barbarita el motivo impoluto de satisfacción carnal. «De pronto cantó el yacabó; campanadas funerales en el silencio desolador del crepúsculo de la selva, que hielan el corazón al viajero».

Barbarita fué, pues, el pasto delicado para los apetitos lujuriosos de almas noctámbulas, hijas del cálido, húmedo y sombrío ambiente tropical venezolano. Este burdo incidente fué el que ocupó categoría de directriz en la psicopatía traumática. Este fué el instante decisivo en la existencia ulterior de Barbarita, quien nació como flor silvestre en un pantano. Por la grave ofensa recibida se cobró, en toda su conducta futura, venganzas en forma muy singular, contra el sexo opuesto, con furia sexual que gozaba el sadismo en torrentes de placer.

«Ella sólo recordaba que había caído de bruces, derribada por una

conmoción subitánea y lanzando un grito que le desgarró la garganta».

»Lo demás sucedió sin que ella se diese cuenta y fué el estallido de la rebelión, la muerte del capitán y enseguida la el Sapo, que había regresado sólo al campamento y el festín de su doncellez para los vengadores de Asdrúbal».

El amor de Asdrúbal fué un vuelo breve, un aletazo apenas, a los destellos del primer sentimiento puro que albergó en su corazón, brutalmente apagados para siempre por la violencia de los hombres, cazadores de placer».

Creo que no es necesario buscar más causales del trauma erótico. Señalamos o busquemos si se quiere, otras consecuencias que tienen como centro la dinámica inconsciente que busca compensación por los medios del comportamiento. Aquella voracidad de tierras y de hombres sometiéndoles a su arbitrio; aquel despiadado sentimiento por los precarios valores humanos; aquel desvío antinatural de la expresión del instinto materno; aquel recurrir constante a ficticios poderes sobrenaturales, son pruebas evidentes de la insólita estructura íntima de la personalidad de «Doña Bárbara».

La inmensa proyección llanera era un reclamo a su inconsciente por medio de sus ojos; el impulso irrefrenable de su espíritu a través del sexo la lleva a abrazar las empresas más atrevidas: es la violencia en acción. Lorenzo Barquero deviene así un miserable guiñapo o un «espectro».

La herida no cicatrizaba... Existía sangrante demandando crueles formas para restañarse. La profun-

dididad cobró carácter de control desde el más oscuro fondo. Todas las operaciones psíquicas se ajustaron al sello definido por el dictador íntimo: el complejo. Aquí está el carácter tipo del paranoico.

«Ya, sólo rencores podía abrigar su pecho y nada la complacía tanto como el espectáculo del varón debatiéndose entre las garras de las fuerzas destructoras. Maleficios de Camajay—Mi mare—siniestra divinidad de la selva orinoqueña—el diabólico poder que reside en las pupilas de los dañeros y las terribles virtudes de las hierbas y raíces con que las indias confeccionan la puzana para inflamar la lujuria y aniquilar la voluntad de los hombres reuñentes a sus caricias apasionanla de tal manera que no vive sino para apoderarse de los secretos que se relacionan con el hechizamiento del varón».

Este desenfreno o esta furia no obedece al desequilibrio hormonal—como pudiesen juzgar los biólogos—sino al impulso irrefrenable de venganza que hervía en los fondos más profundos de su inconsciente. El macho era para ella un símbolo ofensor. Y por la sensualidad fugaz del organismo ella comprendía que lentamente la arquitectura apolínea del varón iba tornándose en miserable piltrafa. Esto mismo creyó realizar con el descendiente del cunavichero, el hombre de pelo en pecho, llanero civilizado y culto, el Dr. Santos Luzardo. Empero, pese a los calculadores propósitos, la barbarie, la superstición y la perversidad, con todo el intento de absorción y de dominio, éxito, no tuvieron. Aunque llegó a creer por un momento la

enigmática ama del Arauca que Luzardo ya llevaba la soga a rastras, tuvo que rumiar la grave desilusión de la ineficacia de sus poderes. Aquí el torbellino amaina. La presión sentimental adquiere formas calculadoras frente al difícil conflicto. La calma pesadumbrosa se baña de ternura. El remanso ha decantado un poco la podredumbre. Los fracasos débense a su propia saturación del eros sublimizado. Es que volvió a amar, de verdad, a sentirse como sér espiritual en condición de *mujer-emoción* y no de *mujer-sexo*, instrumento de sus propios reclamos de venganza. Y entrañablemente se apasiona del hombre a quien ha de disputar a su propia hija; Maricela. Es que aun bajo el influjo del complejo, la femenina intuición no ha perdido eficacia. Así es como distingue la personalidad viril y atractiva de Luzardo. Hay un reaparecer de la ternura romántica de su adolescencia, ternura como la convivencia con el joven Asdrúbal. Dentro de aquella indescifrable confusión, vuelve a los arranques virginales y experimenta celos. El lirio asomaba de la linfa del tremedal de tenebroso fondo. Pero el caminante no se acercó a las orillas a cortar el lirio. Muchos seres vivientes habían perecido en atrevimientos vanos. Pero el tremedal fué secándose bajo el poder del sol llanero y ya no fué espanto de la sabana del Arauca. Es que la mujer, a quien hicieron mala las circunstancias que forjaron su ser en sus años infantiles y mozos, tuvo sus momentos, en la madurez, de vivir aromas de ternura y se sintió incapaz de conseguir por medios lícitos lo que sinceramente que-

ría. Por esto dejó las bridas sueltas y la mirada vaga y se perdió en el infinito del llano, todo pasto, todo viento, todo sol. Y después, nada: la muerte, quizá por el suicidio.

Siéntome conmovido al reflexionar en el trágico vivir de la mujer sometida al torturante látigo del complejo de «Doña Bárbara». Pensemos que esta situación psicológica —motivo de la gran novela— no escasea en nuestras mujeres de la clase proletaria. Al espíritu de ellas concurren influencias sociales nefastas, corruptoras y, por lo propio, peligrosas para el equilibrio social. Tales condiciones las tornan resentidas, pues las saturan de sentimiento de inferioridad, las amargan con deseos de venganza y optan por caminos que les permiten cobrarse las ofensas de su honra. Son los hombres inmorales los responsables de dramas que se suceden a lo largo de una vida. Hasta nos atrevemos a suponer que muchas mujeres se manifiestan como prostitutas por una tendencia vengativa. Y la que no es prostituta es poderosa en su orgullo de dominio y recurre a todos los medios para hacer visible su poder.

Con estas reflexiones psicológicas he pretendido interpretar una extraordinaria aportación para el conocimiento del espíritu desarrollada por medio de una genial novela, «Doña Bárbara». No presumo de ser psicólogo. Sólo he querido suñar una denominación en el tecnicismo científico por medio de un modesto ensayo.

San Salvador de 1949.

Contestación al Trabajo del Profesor Don Alfredo Betancourt en su Ingreso al Ateneo de El Salvador

Trabajo bien meditado. Manifestación clara del hombre de estudio, es el del Profesor Alfredo Betancourt. Un objeto para su pensamiento: Doña Bárbara; una resultante que surge hasta tomar un cuerpo: el complejo que ella hace vivir.

Nos dice de nuestra novela y luego toma la de Rómulo Gallegos, marcando una intención: «Su novela psicológica ha fundido los motivos de la sabana en un haz de admirable arquitectura». Obra de arquitecto, en verdad. Lleva fondos y escorzos: nuestra historia está también en ella, en esa novela. Es, pues, también un símbolo. Lo primitivo y bárbaro llevando fineza. ¿No hay, por ventura, misterio y leyenda de la selva? También está en ella la amenaza extraña y el anhelo de orden en el caos; anhelo que reclama una voluntad de acero. De lo contrario ahí está Lorenzo, el vencido.

De la novela al complejo. Busca en lo que entraña la palabra. Es pródigo: añade los complejos de Edipo y Electra poniendo más claridad. Pero esto, para qué? Para llegar a lo que él llama «el complejo de Doña Bárbara».

Después?... Sueño y choque. Sueño de amor que pone un dulce pulsar de corazón y raro decir en los ojos. Se siente rendida; su vida está dispuesta a expresarse pujante de felicidad, en esta frase: —El lo

quiere, pues bien, así lo quiero yo— Mas el sueño se desvanece y el choque la hace despertar. Aquel hecho monstruoso, aquella violación acompañada del apagarse de una vida hace que sus ojos se abran para lo exterior. Entonces surge en ella el «Yo quiero» y se convierte en la dominadora. El complejo de Doña Bárbara queda así al desnudo.

¿Por qué no cae Luzardo? Hay que eliminar a Maricela, fruto de sus entrañas que no la hizo madre. Vió en ella un estorbo y su sed de dominio determinó eliminarla. ¿Manifestación de su complejo?

Siguiendo a Betancourt recuerdo que Doña Bárbara bajó el cañón de su pistola ante Santos y Maricela. ¿Porqué? Asdrúbal surgió. La tempestad se abrió para ponernos frente a los ojos una nueva aurora. La conquista en lo externo, su dominio, se convirtió en conquista y dominio de lo interno? Dominadora de las cosas y de los hombres, dominó en sus pasiones y se automutiló. Doña Bárbara en el mundo y ella misma en su mundo. ¿Sin el amor hubiese existido este cambio? ¿Complejo de Doña Bárbara?

Trabajo bien meditado. Manifestación clara del hombre de estudio —enseña y sugiere— es el del Profesor Alfredo Betancourt.

Ricardo Vides Sigüí.

Encuentro con el Alba

1

*¿Con qué miradas asidas de tinieblas habré de ver ahora?
 ¿Con cuáles manos de sonatas perdidas he de palpar ahora?
 ¿Con qué boca de tierra estremecida me expresaré?
 ¿Con qué oídos de niebla tendría que escuchar?
 ¿Qué voz podría hacer —con su tinte de sueño—
 que me oyeran?
 ¿Y con qué corazón —urna sin ecos— podría yo sentir
 si ya estoy muerto, muerto, muerto?
 ¿Y de qué sufrimiento, de qué dolor, de qué ansia
 habré yo de quejarme si soy feliz?*

2

*El aluvión que vino en la serpiente
 sin ojos de la alfuta, me arrebató del mundo.
 ¡Y qué alegría ser hoy como invisible brizna,
 o como hebra de luz que permanece
 en la gracia del alba!*

*¡Estoy feliz de ser ahora como un hueco no visto
 en los dominios de la rama seca!*

*¡Nadie me quitará esta dicha!
 Nadie podrá esquivarme la sonrisa sin labios.
 Nadie podrá decirme ¡hasta aquí!*

3

*Cuando las sombras hablan con las ruinas
 del crepúsculo aparece mi lumbre distraída,
 placentera en el rumbo del canto de un aroma...*

4

¡Estoy feliz ahora con mi muerte!

*Ando sin que me vean. Viajo
 por las savias de lilás sin aromas.
 Saludo a un transeúnte y no me atiende.*

*Hablo con las gemelas de mi casa
y me miran los ojos del silencio.*

5

*Los chinchines con mielés
que hicieron las abejas, poco a poco, lentamente,
como quien va zurciendo con azúcar,
són los dulces refugios de las horas,
de las horas sin horas de mis pasos.*

*La soledad no existe en mi alegría.
La tiniebla no cubre mis útiles pesquizas
en la nube que es sueño de la tierra
o en el pantano, vientre inofendido
de paisajes podridos,*

6

*¡Amada, tierna, clara, indescifrable dicha!
Mirar por las hendijas de las almas,
y contemplar que pasan uno a uno
desde el flexible manantial del trino
hasta la fascinante hormiga
en el acarreo asiduo de su vida...
Y resbalar por entre rostros de cocuyos
que alumbran los sigilos del misterio.*

Sí.

*Aquí es perfecta la alegría.
Tengo lenguas de polen y de harina,
palpo con los dedos del viento y de la lumbré,
veo sin que me vean,
hablo con los idiomas del álamo y del ciervo,
del sueño, del silencio y del perfume.*

7

*¡Qué perfecta alegría la del alba!
cuando canta sin lágrimas
y cuando alborozada es la sonrisa
de labios que no existen en la tierra.*

J U A N F E L I P E T O R U Ñ O .

(Del libro «Siempre Viajero»)

Información

El Educador Nacional

Con este título ha dado a la publicidad, el profesor José Lino Molina, un útil y bello libro. Útil en lo que contiene su manifestación hacia la forja del espíritu, la ética y el procedimiento del individuo; bello, porque está escrito en un lenguaje que atrae; un lenguaje sin requiebros, de suavidades de terciopelo y de claridad meridiana.

Es este el primero de una serie que publicará y que el público deberá buscar para deleitarse y para que le sirva como norma de conducta, ya que libros así son escasos en esta época.

El monumento a Don Miguel Pinto

De las instituciones a que se les envió informe acerca del propósito del ATENEO DE EL SALVADOR, para erigir un monumento a Don Miguel Pinto, sólo una falta que conteste. Todas ellas aceptan cooperar y están de acuerdo en que se honre la memoria del patriarca del periodismo salvadoreño. Esperamos únicamente esa contestación para activar la forma en que deba procederse a fin de reunir los fondos imprescindibles para ese monumento.

José María Villafañe, Mecenaz Salva4oreño

En nuestro próximo número nos referiremos con amplitud a este boceto biográfico que ha comenzado a circular, escrito por el Presidente del Ateneo de El Salvador, don Juan Felipe Toruño. Por hoy, sola-

mente damos el anuncio.

El Acto para Chopin

Como lo anunciamos, el 7 de octubre se efectuó en el Teatro Nacional, el recital conmemorando a Federico Chopin. Tomaron parte artistas de renombre, como doña Natalia Ramos—del conservatorio de Milán—, Carmencita Cabrera, Iri Sol, Juan Fr. Amaya y otros valores más que hicieron al público pedir repetición de las piezas ejecutadas. Chopin vibró en esa noche y en esta forma el ATENEO, al cumplir con un deber para con el arte, agradece a los artistas que espontáneamente tomaron parte en el recital.

Nuestro Homenaje a Goethe

El 10 del mes en curso, en el salón de recepciones del Ateneo, se efectuó el homenaje a Goethe, cumpliendo así con el compromiso contraído con la UNESCO. Debido a múltiples quehaceres, exámenes y asuntos de última hora, la Facultad de Humanidades y la Academia Salvadoreña de la lengua correspondiente a la española, no pudieron tomar parte.

El acto se desarrolló conforme programá. El Miembro Activo profesor Vides Siguí, enfocó a Goethe en sus variados aspectos. Y el presbítero Vicente Vega y Aguilar, por acuerdo de la institución, dió lectura al trabajo enviado por el doctor José E. Muñoz, Miembro Correspondiente en Ecuador. El acto estuvo lucido.